

que contenía bastante cantidad de jarabe hecho con miel, alcohol y bayas de arándano, con un aditamento de acetato de morfina, pócima que fué depositada en el hueco del árbol que el oso debía visitar de nuevo. Hecho esto, los dos cazadores subieron á lo alto del peñasco.

Pasada hora y media, apareció el oso gruñendo de inquietud al reconocer y olfatear las huellas de dos hombres; pero, tranquilizado por el silencio absoluto que reinaba en aquel paraje solitario, se encaramó á su castaño, y atraído por el olor del alcohol, que pareció llenarle de gozo, apuró con avidez el contenido del puchero, y bajó al suelo con la alegría propia del apetito satisfecho.

Pero á los pocos pasos comenzó á tambalearse como un borracho; hizo esfuerzos inauditos para teñer abiertos sus relucientes ojillos, hasta que al fin cayó como una masa inerte, vencido por los efectos irresistibles de la morfina.

Los cazadores se lanzaron sobre él, y en menos de dos minutos le agarrotaron, le pusieron un bozal, y, por último, un gran capuchón de cuero, que se interpuso entre la luz y sus lánguidas miradas.

Á los gritos de los cazadores acudieron los campesinos y montañeses, y, cargando con el oso aletargado, le pusieron en unas angarillas, dirigiéndose el alegre cortejo á la ciudad federal de Berna, donde hizo su entrada triunfal, en medio de una considerable afluencia de gentes.



Al salir de su letargo el feroz animal, se encontró limitado el horizonte por una alta pared, y cerrada la puerta de su encierro con gruesos barrotes, que resistían á las pujantes embestidas que les dió en los primeros momentos de rabiosa furia.

Muchos años vivió el oso en su triste cautiverio, comiendo de todo lo que le daban, menos miel, acordándose, sin duda, de que aquella dulce sustancia había sido causa de la pérdida eterna de su libertad.

Las cacerías de osos en España, sobre todo durante la edad media, tendrán privilegiado sitio en esta enciclopedia de caza.

Las montañas de Asturias sirven aún hoy de refugio á los osos de idéntica casta que sus congéneres de los Pirineos franceses. No hay año en que no se registre alguna proeza y algarada de la familia de plantígrados, y luchas entre montañeses y pastores que denotan el valor y arrojo de los descendientes de Pelayo.

En Villafranca del Bierzo se hacen hoy día buenas cacerías, y no hace mucho tiempo (Enero 1886) leímos, en un ilustrado periódico, que los valientes cazadores de aquellas montañas mataron en pocos días dos osos, uno de ellos de gran tamaño, y además varios corzos y jabalíes.

Las pieles de los osos fueron enviados al conde de Peña Ramiro, que las conservó en su poder.

También en Oviedo se realizan frecuentes cacerías de osos. ¡Lástima grande que falten cronistas minuciosos de semejantes cacerías!

CAPITULO IX

CAZA DEL OSO GRIS Y NEGRO DE AMÉRICA

I



INTERESANTE es la caza del oso gris americano, y ofrece grandes peligros, porque es un animal temible y fiero.

No es de admirar, pues, que sus hábitos, costumbres y hazañas sean el tema favorito de los cazadores del oeste.

El oso gris se parece algo al oso vulgar ó pardo, pero es mayor, más grueso y más fuerte. Tiene la frente ancha, aplastada; las orejas cortas, la cola más diminuta que la del oso pardo, largas, aceradas y encorvadas las garras. Su pelaje es gris con matices claros, largo, sobre todo sobre las espaldas, garganta y bajo vientre. Cubren su cabeza pelos cortos y negros; su pupila es parda y las garras blancas.

El oso gris se distingue del europeo por la menor longitud de su cráneo, la convexidad de los huesos nasales y por su talla. El oso vulgar mide, á lo sumo, 2 metros de longitud, y el oso gris 2'30 metros y aun 2'50 metros, y pesa de 350 á 450 kilogramos. Sus armas son formidables. La pata de un adulto tiene 50 centímetros de longitud, y se halla provista de garras de 14 centímetros.

El oso gris tiene casi los mismos hábitos que el oso pardo, pero su marcha es más vacilante y todos sus movimientos más pesados; así es que sólo en su mocedad puede trepar por los árboles. Adulto, su pesadez y gordura le privan de renovar las habilidades de su mocedad, y muchos cazadores se han librado de las garras del oso gris por haber trepado rápidamente sobre un árbol. El oso nada con pasmosa facilidad.

El oso gris, á pesar de que saborea con delicia las frutas, bellotas y raíces, es, al propio tiempo, carnívoro, y ataca y domeña animales corpulentos de las comarcas por donde mora, hasta el punto de que arrastra bisontes á larga distancia y á sitios donde puede satisfacer tranquilamente su voracidad.

El hombre no le inspira miedo; y si le ataca se levanta sobre sus patas traseras, acepta el combate, y cuando el hambre le agujonea él es el agresor; herido, se trueca en furioso, y entonces cambian los papeles y el hombre es el cazado.

El oso gris se dirige en derecha al hombre, vaya éste á pie ó á caballo, armado ó desarmado.

Desdichado del que no huye á tiempo, ó no puede alojar en su cuerpo una certera bala. El oso, furioso, le aprieta entre sus brazos, le rompe y tritura con sus garras.

Dato curioso es que aquella fiera, que hace frente



El oso gris y el jinete americano



UN EPISODIO DE LA CAZA DEL OSO EN LA LITHUANIA